

sueños de oro de la fama venidera y que en nuestros días de fierro, ó más bien de dinero, hay que aplicarse á alguna cosa de material provecho. Formada ya y completa su muy segura razón, sin fortuna heredada, sin carrera oficial, ni protección de arriba, ni impulso de abajo, conoció nuestro amigo que la poesía lírica (en que tanto sobresalía en todos géneros) era, si bien mina fecunda para su gloria, pobrísima veta para sus necesidades presentes. ¡Cómo había de ocultársele lo que todos sabemos de lo poco que producen en nuestra España las obras de imaginación é ingenio, casi tan poco recompensadas en nuestros días como en aquellos en que decía Lope:

Con ser tan grande, qué allegar al labio  
No tuvo el Fénix portugués Camoes;  
¡Y envuelven su cadáver en aloes,  
Después de muerto, para más agravio!

De aquí su dedicación por largo tiempo á dar al teatro por *brevísima cuota* (y es frase suya) traducciones de comedias francesas, única ocupación literaria provechosa entonces en la patria de Garcilaso y de Cervantes. Era Vega cuando joven indolentemente perezoso, por naturaleza americana y superioridad de entendimiento. Los americanos, y muchos que no lo son, no comprenden que puedan hacerse grandes esfuerzos del ánimo, como del cuerpo, sin largos y saludables descansos. No escribía, pues, sino lo absolutamente indispensable para ganar de comer; costábale por otra parte mucho lo que componía, porque lo hacía siempre con perfección suma: así es que le producía proporcionalmente muy poco, y era él además muy sobrio y sus necesidades muy cortas. De ahí que el cargo que le hacían muchos (y nuestro excelente y erudito compañero Ferrer del Río entre ellos) de que no escribía y daba á luz más que producciones ajenas, aunque bien merecido y con benigna intención encaminado, no dejaba de tener defensa por parte del que no contaba para mantenerse sino con el fruto del que bien podía llamarse su material trabajo. Vega, sin embargo, mezclaba con sus traducciones y plagiados asuntos de teatro alguna que otra notable aunque tardía muestra de que era muy capaz de la invención dramática, y ya en 1824, cuando sólo tenía diez y ocho años de edad, escribió la comedia original en un acto *Virtud y reconocimiento*, que se ejecutó en Madrid el día 14 de octubre de aquel año, memorable en nuestros fastos dramáticos por haberse representado también en él la comedia de Bretón de los Herreros *A la vejez viruelas*. ¡Coincidencia notable para los amantes del arte: en una misma noche se estrenaron en la escena española el moderno Lope y el Moratín de nuestros días!

Las traducciones y arreglos de comedias, dramas de diversos géneros, y hasta vodevilles franceses convertidos en zarzuelas, de nuestro autor, pasan de ochenta. Todos los conocemos, todos los hemos aplaudido, y cuando no aplaudido, tenemos que confesar que nos han hecho llorar ó reir contra nuestra voluntad y nos han entretenido agradablemente muchas de las largas noches de nuestros inviernos. El gran talento de actor que Vega tenía le revelaba los efectos teatrales que había de producir una representación cómica ó trágica, y su ingenio á lo Moreto le hacía sacar partido de pensamientos ajenos, haciéndoselos propios y mejorándolos siempre; porque nuestro gran literato daba á la forma un culto ciego. Varias veces le he oído que no le gustaba una prenda literaria, por nuevo y elegante que fuera el corte, como no fuera muy perfecto el cosido. Mas, aun cosiendo él tan primorosamente, no ha dejado de escribir bastantes obras que pueden llamarse originales y de indisputable mérito; y tres sobre todo le han levantado hasta el puesto eminente

que con razón ocupa en el cielo de Alarcón y de Rojas. Ya comprenderéis que hablo de su preciosa comedia *El hombre de mundo*, que compuso el año de 1845, tan bella y más si cabe, por estar escrita en verso, que *El sí de las niñas*; del drama histórico *D. Fernando el de Antequera*, y de la tragedia *La muerte de César*. No se borrarán nunca de mi memoria las *lecturas de estreno* que tuve el gusto de oír de las dos producciones últimas. La del drama se hizo en mi casa el 13 de diciembre de 1844. Era yo entonces director general de Caballería. Me habían hecho el honor de comer á mi mesa los coroneles de los regimientos de la guarnición de Madrid y los insignes literatos duque de Frías, D. Juan Nicasio Gallego, Bretón, Segovia, el marqués de Molíns, Gil y Zárate, y el mismo Vega. La lectura debía ser después de la comida: estaban invitadas muchas personas de ambos sexos. Ocupaba el protagonista el velador presidencial: desplegado tenía el manuscrito; pero no venían á oírle algunos que se hallaban hacía una hora de sobremesa, y todos esperaban ansiosos que aquél empezara: se les mandó á los reacios recado sobre recado, y por fin vino Bretón diciéndonos que el duque de Frías, antiguo coronel de Pavía, había confraternizado de tal modo con los otros coroneles que, entusiasmado con la relación de antiguos hechos de cargas y rebatos de los tiempos de la guerra de la Independencia y de D. Juan de Cereceda, y atacado de un acceso de amor á la primitiva profesión, no se podía hacer carrera de él. Fuímos varios á buscarle, y poco menos que á la fuerza le llevamos á escuchar el interesante drama con que nos entusiasmó á todos la entonces magnífica y todavía potente declamación de Vega. Hoy faltan de entre nosotros, además del laureado aquella noche, el duque de Frías, D. Juan Nicasio Gallego y Gil de Zárate: ¡Dios haya recibido en su seno á los cuatro esclarecidos poetas! — La lectura de la tragedia se hizo la Navidad del año de 1862 en casa del marqués de Molíns, mi querido condiscípulo, que tenía por costumbre reunirnos á sus amigos en aquella noche de cristianos recuerdos, para darnos generosamente el pasto sabroso al entendimiento de dulcísimos versos, el provechoso al alma de una breve y devota misa de gallo, y el reparador para el cuerpo de una suculenta Parasceve. Era en aquella ocasión numeroso y selecto el auditorio reunido. Entre algunas damas hermosas y discretas, que verdaderamente señoreaba la ilustre huésped que nos recibía, brillaban muchos de los hombres más notables de España por aquel tiempo, como el duque de Rivas, Bretón, Hartzzenbusch, Galiano, Pacheco, Nocedal, Rubí, Tamayo, Ros de Olano, Ochoa, el conde de Guendulain, Segovia, Ferrer del Río, Barbieri, Apecechea, Fernández Guerra, Cueto, Cañete, Monláu, Cutanda, Campoamor, García Gutiérrez, Catalina, Lope de Ayala, González Bravo, Valera y otros cuyos nombres, aunque no menos célebres, no me ocurren ahora á la memoria. Encantados nos tuvo por espacio de tres horas el actor y autor á un tiempo. A pesar del decaimiento á que ya habían venido sus gastadas fuerzas, el arte con que daba inflexiones variadas á su voz, imitando el peculiar acento que á cada uno de los héroes correspondía, era tan propio, tan adecuado, que no parece sino que revivían delante de nosotros tales como debió verlos entre sus pórticos y triunfales arcos el Foro augusto de la Reina del mundo. A cada escena, á cada acto, nuestra admiración iba creciendo; y al terminarse la tragedia, entre la conmoción y aplausos de la concurrencia, vimos levantarse trabajosamente á un anciano postrado ya por la enfermedad aún más que por los años, el cual recibiendo en sus abiertos brazos al que en aquel instante rejuvenecían el entusiasmo y la gloria, con voz trémula exclamaba entre lágrimas que arrancaban las nuestras: *¡Eso es romano, Ventura: eso es grande!* Era la última vez que á nuestras solemnidades concurría el autor de *D. Alvaro*, y parece como que en ese abrazo le decía al

ya también herido por la mano de la muerte: *Yo voy primero: pronto irás tú á unirte conmigo.*

También *El hombre de mundo* se leyó públicamente á modo de prueba, según acostumbraba hacer el autor con sus obras predilectas, en el domicilio del Sr. don Patricio de la Escosura. No describo más minuciosamente este acontecimiento, porque no disfruté de él por hallarme viajando; pero he oído que fué una gran solemnidad literaria, por la calidad y las circunstancias de los jueces reunidos en aquella casa cuyo dueño, tan docto y amante de las musas cuanto amado y favorecido por ellas, la había por entonces convertido en su santuario una vez á la semana. Esa misma comedia, algún tiempo después, fué puesta en escena en el teatro particular que tiene la señora condesa viuda del Montijo en su quinta de Carabanchel; cuya circunstancia no quiero dejar olvidada, porque ciertas curiosidades que transmitir no corresponde á la gravedad de esa señorona que llaman *la Historia*, sólo pueden ser conocidas merced á la clase de escritos pedestres como este mío; y sin embargo, son confites muy sabrosos de gustar después del transcurso de los años á cierta clase de golosos aficionados. Es el caso que representaron personajes de la comedia el mismo autor Vega, D. Patricio de la Escosura, la condesa de San Luis, y lo más digno de memoria, que hizo admirablemente el papel de doña Clara, una señorita de diez y siete años que conocimos y tratamos. Llamábase entonces entre los jóvenes de ambos sexos del mundo ilustre y elegante de Madrid la donosa condesita de Teba, la lindísima Eugenia, la flor y gala de la coronada villa: hoy honra á nuestra patria, que es también la suya, con virtudes que alcanzan á llenar uno de los más grandes tronos de la tierra; hoy es la emperatriz de los franceses.

Pero ya vamos acercándonos al fin de nuestro cometido; y entrando en más prosaicas investigaciones, debo decir algo sobre la carrera de oficio de Vega; que al fin la tuvo, aunque sólo *pro forma*, quien tan intensamente ocupó las facultades enteras de su alma en la literatura y la poesía. Con ingénito instinto repugnó él siempre toda ocupación ajena al cultivo de las letras. Siendo muy joven, estuvo ya amenazado de ser empleado. Fernando VII quiso verle un día, me parece que allá por el año de 1828: debía presentarle á S. M. el Sr. Grijalba, secretario de la estampilla, que gozaba de gran valimiento con el Rey; pero nuestro amigo desdeñó lo que tantos hubieran tenido por felicidad suprema; y á la hora en que debía verificarse la entrevista, nos hallamos en casa de Mariategui con nuestro Ventura sin ventura, vestido como de ordinario y diciéndonos: *El Rey me está esperando; pues bien, que espere. Si S. M. quiere verme, yo no quiero ver á S. M.* Más tarde fué nombrado agregado á la embajada de España en París. Avisáronle á las cuatro de una mañana del mes de enero que era ya hora y que la diligencia iba á salir; y él, si no hizo precisamente lo que el lebrél irlandés de Lope, dió al menos una vuelta en la cama, y levantó más hacia su barba la espesa ropa que le cubría. Sin duda no le pareció el señor embajador más digno de su visita que el mismo Fernando VII. — Pero la necesidad á todo obliga; y en 1836 fué por fin empleado nuestro poeta como auxiliar del ministerio de la Gobernación con el sueldo de doce mil reales. Debió ese destino á la protección del Sr. D. Martín de los Heros, hombre honrado, buen caballero, repúblico celoso y escritor distinguido. Este mismo protector le nombró para secretario de una comisión encargada de inspeccionar el Conservatorio de música y declamación de María Cristina; y con ese motivo conoció en él á la Sra. doña Manuela de Lema, que fué luego afamadísima en el canto y esposa suya, de quien tuvo tres hijos, de los que viven hoy dos, dignos del aprecio de

cuantos los tratan, y que siguen el uno la carrera de la administración, y el otro la militar, con provecho y lucimiento, no siendo tampoco extraño ninguno de los dos al cultivo de las letras en que tanto se señaló su padre. La carrera á que primero los destinó éste fué la que hizo inmortales á los Bazanes y Churrucas, y siendo yo ministro del ramo, unido entonces á los de Comercio y Ultramar, les proporcioné la gracia de guardias marinas: pero la madre tierna no quiso en adelante exponerlos á tan penosa profesión. Esta señora, de bastante talento y de suma piedad, influyó mucho en el espíritu, ya de suyo bien inclinado, de su esposo que la amaba tiernamente, á que le dirigiera en los actos privados de su vida, al sosiego de la conciencia y al culto de la religión santa de sus padres; y al tiempo de su muerte, que fué el día 6 de mayo de 1854, con sus consejos de siempre y su ejemplo de entonces, dejó impresiones tan vivas en el ánimo de Vega, que estuvo á punto de hacerse fraile, aun teniendo que alejarse de su patria, donde ya no los había. Decía él entonces que no comprendía cómo el liberalismo en España, permitiendo asociaciones de todo género bajo el motivo ó pretexto de fomentar intereses materiales de la sociedad, había devorado y seguía prohibiendo las que, instituidas con un fin santo para vida ejemplar y contemplativa, eran el consuelo de unos, el alivio de otros y el retirado puerto de descanso para los desengañados de las borrascas del mundo. El no halló ese puerto á la mano, y poco perseverante en sus resoluciones, fué siguiendo su mundanal camino ya empezado. Nuestro oficial de la Secretaría quedó cesante á consecuencia del pronunciamiento de septiembre de 1840, que le destituyó de su empleo; destitución infundada porque nunca tuvo Vega, como ya hemos dicho, afición á la política; y aunque fué ayudante de la milicia de Madrid, y en el movimiento de julio de 1835 estuvo entre los que invadieron la Imprenta Nacional, y escribió allí, según dicen, una alocución patriótica, arrastrado á todo por los que eran entonces amigos suyos, lo cierto es que, ya autor del drama realista *La entrada de los franceses en Madrid*, ya miliciano nacional, ya diputado moderado y subsecretario puritano, como luego diremos, Vega no se halló nunca voluntario y desahogado en estas situaciones que contrariaban los instintos independientes del poeta.

Por el año de 1847 fué cuando gozó el período de más favor en la política que estaba reservado á su orgullo, escaso en ese género de aspiraciones. Se vió elegido primero para maestro de literatura de la reina; y el admirable modo con que esta augusta señora lee en público en las solemnes ocasiones, demuestra que no se emplearon en balde sus lecciones: obtuvo luego el cargo de secretario particular de S. M., la llave de gentilhomme, la gran Cruz de Isabel la Católica, y hasta llegó á ser subsecretario de Estado. Más adelante, y siempre bajo ministerios moderados, desempeñó el descansado empleo de Fiscal de las órdenes de Carlos III, y de la que adornaba su pecho. Luego fué nombrado por el conde de San Luis, y con universal aplauso, director del teatro español. La sublevación militar del año de 1854, que cambió la faz de las cosas públicas, le devolvió por breve tiempo á su cara vida de bellas artes y bellas letras; y no puede decirse que salió de ella, cuando á la resurrección del partido conservador en 1856, el ministro de la Gobernación D. Cándido Nocedal, nuestro amado compañero, le dió el empleo de director del Conservatorio, tan análogo á sus inclinaciones, tan propio de sus conocimientos, tan descansado para su estado valetudinario, que á pesar de su larga enfermedad le conservaron en él las administraciones que se han ido sucediendo, no atreviéndose sin duda á contrariar la pública opinión, que vió en ese cargo, único acaso respetado por todos, la justa recompensa de un mérito literario por nadie combatido.

Entre los honores que obtuvo nuestro amigo he dejado para enumerar el último

el que estimaba él como más dulce para su corazón y más glorioso para su nombre. Hallándose cesante y pobre, tuvo el consuelo en su desgracia, el día 27 de enero de 1842, de ser electo individuo de la Real Academia Española, y de sentarse después el noveno en la silla señalada con la letra F. Ahora, en este sitio y con esta ocasión, no me parece que puedo pasar sin recordaros quiénes fueron los ocho ascendientes del ilustre académico cuyo elogio fúnebre habéis tenido la bondad de confiar á mis fuerzas, que flojas por cierto para tamaña carga, se van apresurando á soltarla más pronto de lo que acaso al asunto correspondía. El primero de los que ocuparon esa silla fué el P. Bartolomé Alcázar, de la Compañía de Jesús, cronista de su religión, de instrucción variada y profunda, algo pintor y arquitecto, y uno de los fundadores, en 6 de julio de 1713, de este cuerpo á que nos honramos de pertenecer. Estuvo encargado en él, entre otros asuntos, de extractar autoridades del libro de Andrés Laguna sobre Dioscórides, de definir las voces de cantería y los provincialismos de Murcia. Falleció el 14 de enero de 1721: escribió su elogio el P. Casani. El segundo fué D. Lorenzo Folch de Cardona, del Consejo de S. M., alcalde de casa y corte, afamado jurisconsulto y literato. Escribió la dedicatoria del primer Diccionario de la lengua castellana. Hizo á su ingreso el panegírico de su antecesor; se ocupaba en la Academia en extractar autoridades de Ambrosio de Morales: escribió las definiciones de la *Ch* y *M*, y falleció el 17 de diciembre de 1731. El tercero viene el P. jesuíta Carlos de la Reguera. Estaba encargado de definir las voces de varios oficios mecánicos: era cosmógrafo del Consejo de Indias, y á propuesta suya se hizo el año de 1732 una edición de *La Mosquea*, de Villaviciosa: murió el 22 de octubre de 1742. El cuarto, D. Agustín Montiano y Lujando, era oficial de la primera secretaría de Estado. Fué director y fundador de la Academia de la Historia, y en la nuestra ejerció interinamente el cargo de secretario, y en perpetuidad el de revisor. Murió el 1.º de noviembre de 1764. El quinto, D. Felipe García y Samaniego, arcediano y director primero de los Reales Estudios de San Isidro, ejerció también en la Academia el cargo de revisor, y falleció el 15 de marzo de 1796. El sexto, D. Manuel Valbuena, célebre latino y humanista, tuvo la comisión de las correspondencias latinas en nuestro diccionario. Falleció en 13 de agosto de 1821. El séptimo, D. Cándido Beltrán de Caicedo, ingresó en 14 de noviembre de 1822, y falleció en 2 de diciembre de 1826: fué también oficial de secretaría. El octavo, D. José Musso y Valiente, fué escritor laureado y filólogo esclarecido; sus trabajos en la Academia han sido muchos: ningún individuo de su seno le excedió en celo y actividad, y pocos le igualaron en espíritu de noble y desinteresado proselitismo. A él se debe el ingreso en este cuerpo de Gallego, Seoane, Révilla, Roca (hoy marqués de Molíns), y por fin el de preparar el de nuestro D. Ventura de la Vega. Murió el 2 de agosto de 1838. Su sucesor, electo honorario, como ya hemos dicho, en 27 de enero de 1842, obtuvo la vacante de número de Musso en 3 de julio de 1845. Las muestras que de académico celoso ha dado entre nosotros os son bien conocidas. Educado al principio de sus estudios con jesuítas como el fundador de su silla, oficial de secretaría como Montiano y Caicedo, consumado latino como Samaniego y Valbuena, según se patentiza por su admirable traducción de la *Eneida* de Virgilio, de que sólo nos dejó concluído el primer canto; y con muchas prendas personales de las que tenía su inmediato sucesor, nada ha perdido con él la silla que calentaron tan insignes predecesores, á los que igualaba en aplicación, celo y buen deseo, y excedía, á mi juicio, en las relevantes dotes de esa imaginación poderosa y vivísima que la naturaleza anima en muy pocas de sus criaturas predilectas.

Concediéndole aquellos preciadísimos favores, enriqueciéndole con ellos el alma,

no le fué tan pródiga en las fuerzas del cuerpo. Su salud, poco robusta en la juventud, al llegar á la mitad del camino de la vida empezó á faltarle; y yo no dudo que á ello contribuyeran muy poderosamente el trabajo necesario, la meditación no interrumpida, y sobre todo, los extraordinarios esfuerzos á que desde muy tierna edad se había entregado para pintarnos al vivo los grandes caracteres trágicos, de cuya representación tanto se poseía, que le he visto muchas veces salir con calentura de las tablas escénicas después de ejecutar con nunca vista perfección los difíciles papeles de García del Castañar, de Polinice, de Oscar y de Edipo. Todavía por el año de 1862 se dedicaba á esa clase de predilectos ejercicios en el teatro particular de la duquesa de Medinaceli, ilustradísima señora que junta á sus blasones de eminente dama la corona merecida de protectora de las artes y de artista ella misma. Pero ya meses después había venido Vega á un estado de decadencia alarmante. Los dos últimos años de su existencia puede decirse que los vivía de milagro: sólo su voluntad y su espíritu le sostenían; y ni los ataques más tenaces del asma que le atormentaba, ni la flaqueza de sus piernas que no alcanzaban á sustentar su cuerpo casi en esqueleto, ni la destrucción de sus órganos y entrañas, ni la debilidad de su cabeza, en cuyo rostro descarnado no le habían quedado más que ojos cuyo brillo mostraba como que se había acogido en ellos su alma fugitiva, nada, repito, bastaba á postrarle en el lecho, ni á impedirle el uso de sus habituales costumbres de trato literario y de social correspondencia con sus amigos, ni le quitaba la genial mansedumbre y el atractivo de su conversación siempre animada y agradable. Así que hasta una vez en que por equivocación había corrido y llegado á sus oídos el rumor de su propia muerte, no pudo ese tétrico recuerdo del fin que tan de cerca le amagaba apagar en su boca la risa y el gracejo que tenían en ella su patrio domicilio. *Lo que siento es* (decía á los que le daban su pláceme por lo incierto de la fatal noticia divulgada) *que todo el día he tenido que trabajar sin gana para poner fe de vida á mis parientes de Zamora y á los amigos que tengo en otras provincias. Consideren ustedes, si yo me hubiese muerto, por qué se lo había de negar á nadie.*

Bien veis, señores, que el que estuvo dotado por el cielo de talento grande, era aún más digno de nuestra admiración y cariño por la dulzura de su carácter y por su benigna condición. Bondadoso y condescendiente hasta rayar en debilidad, nada sabía negar y prometía hasta tal punto, que no le era humanamente posible cumplir algunas veces lo ofrecido. Los poetas noveles le consultaban y ninguno salía descontento de sus juicios: en todo hallaba alguna cosa que alabar. Generoso en su honrada medianía de fortuna de que nunca pasó, más de una vez se privó de lo que él mismo necesitaba por socorrer ajenas desventuras; y escritor de novelas conocéis á quien sacó de grave apuro poniendo en sus manos los únicos mil reales de que en aquel instante disponía. Literato, poeta, actor, jamás conoció la envidia; y más que rivales de una misma profesión, eran hermanos suyos los que como él sobresalían en el cultivo de las letras y de las artes. Sus elogios eran los primeros que honraban al que se hacía digno de aplauso; y el vituperio, aun contra los que lo merecían, nunca nació de sus labios. Religioso, desinteresado, buen amigo, padre excelente y mejor esposo, nadie como él supo sufrir con ánimo imperturbable la pobreza desanimadora, la desgracia no merecida, y los largos achaques y dolores de una vejez anticipada. No creyó nunca que tenía tan cerca de sí á la muerte; pero rígido en sus deberes de cristiano, dispuesto estaba siempre á recibirla. En los últimos años de su existencia, consumía temporadas muy largas en el templado clima de la frontera de Francia. El último invierno lo pasó respirando el tibio soplo de las brisas alicantinas, con que tuvo notable aunque ya tarda mejoría. Mariposa que no

sabe sino acudir á la luz que ha de matarla, su empeño de volver siempre á Madrid al seno de sus amigos y á la vida intelectual y artística, que era para él tan necesaria como el aliento, le trajo en mal hora desde Alicante al sutil y seco ambiente, tan mortal á su pecho, de los aires del frío Guadarrama. Entonces, empeorado hasta el punto de casi ahogarle los ataques repetidos del asma, tuvo que partir de nuevo y dirigirse hacia Bayona. Allí y en sus cercanías pasó el verano y casi todo el otoño; mas aquel su afecto invencible ya descrito, dominándole con la idea grata de ver representada su tragedia predilecta, le impulsó por vez postrera á las orillas del Manzanares, y fué á vivir á Chambery en la casa y compañía de D. Luis de la Escosura y D.<sup>a</sup> Plácida Tablares, su esposa, gloria también de la española escena en días no muy remotos. Traía Vega de Francia colección preciosa de dibujos, de trajes y de decoraciones correspondientes á la época de la muerte de Julio César, regalo que debía al cariño generoso y á la inteligencia suma del Sr. D. Juan de Grimaldi, no menos célebre entre nosotros por su gran saber en el arte de los Roscios y de los Talmas, que estimado y querido de todos, desde los más tiernos años de nuestra juventud, por su inmenso talento y lo atractivo de su amigable trato. Solo siete días sobrevivió Vega á su instalación en la quinta de sus amigos; y entusias móse todavía en ellos, enseñando y explicando sus ya referidos dibujos. Pero ni el cuidado más atento y afectuoso de aquéllos, ni la asistencia eficaz de su médico y compañero inseparable el Sr. García Real, pudieron alargarle unas horas que estaban ya contadas. Instaba este doctor porque saliera Vega inmediatamente de Madrid para Alicante. Deseábalo ya también á lo último el mismo paciente, porque creía que el clima de Alicante le fortificaba. En muestra de ello quiero intercalar aquí una interesante carta suya en que así lo manifiesta; y aprovecho con este motivo la ocasión de hacer público el agradecimiento con que Vega recibió el favor que le hicisteis resolviendo por unanimidad y á propuesta del marqués de Molíns, de los señores Nocedal, Ochoa y de mí, que se le considerara como presente á las Juntas públicas y privadas de la Corporación para abonarle los honorarios que asistiendo á ellas le corresponderían. Esa carta, dirigida á mí desde Alicante con fecha 14 de enero de 1865, es como sigue: «Mi querido Juan: A la satisfacción inmensa que me ha causado la honra que me hace la Academia, se añade el saber que eres tú uno de los firmantes de la proposición, tú, mi discípulo, mi compañero y amigo querido de la niñez. Gracias, Juan mío, á ti y á todos los que habéis contribuido á darme este inesperado consuelo que tanto va á influir en mi estado moral; ya que en el físico, gracias á Dios, he sentido un notable alivio, desde el punto en que llegué á este delicioso clima. Aquí reina una inalterable primavera. Ni chimenea, ni brasero, ni abrigo; muchos ratos el balcón abierto y el sol bañando mi cuarto. ¡Compara esto con Madrid! — Adiós, mi Juan querido: te abraza y estrecha cordialmente tu VENTURA.»

Como íbamos diciendo, había ya entrado eficazmente en el ánimo de Vega el ansia de marchar para Alicante. Su caro compatriota y Mecenas, que siempre le había amado y protegido, el Sr. D. José Joaquín de Osma, facilitaba cuantos medios eran necesarios para el objeto. Eran las diez de la mañana del día 29 de noviembre de 1865. El enfermo hacía poco que había cumplido con sus deberes de cristiano. Empezábale á vestir su hijo mayor, porque el segundo estaba de militar servicio. Mas ¡ay! no pudo acabar Ricardo su dolorosa tarea; sintióse de repente atacado el angustiado padre del ahogúo de costumbre; y después de cinco horas de agonía, rindió su alma al Criador en los brazos del hijo y de los amigos.

El día 1.º del siguiente mes de diciembre celebrábase en la iglesia de San Se-

bastían una misa solemne de cuerpo presente por el eterno descanso del alma de D. Ventura de la Vega. Terminado el acto religioso, una enlutada y numerosa comitiva presidida por el Ministro de Fomento acompañaba á la última mansión los restos mortales del finado. Nocedal, Rubí, Hernando y Pizarroso llevaban las cintas del féretro; á los lados de la presidencia asistían el Sr. Valle, decano de la Academia Española, el Sr. Silvela, director de Instrucción pública, y el Sr. Eslava, decano de los profesores del Conservatorio. Al llegar el carro mortuario al teatro del Príncipe, cuyas puertas y balcones estaban cubiertas de negros paños, se detuvo, y las actrices españolas allí reunidas arrojaron sobre el ataúd flores y coronas de laurel, que nada habían de aumentar á la gloria del insigne poeta y que poco aprovechaban entonces á su alma inmortal que de otro más útil y piadoso socorro pedía el tributo á nuestros apenados corazones. ¿Hasta cuándo estas paganas costumbres han de seguir sucediendo á las humildes y cristianas observadas por nuestros padres en la tierra, en que sólo se erigían estatuas para los altares de los santos y eran los predilectos elogios de los muertos las oraciones devotas de los vivos?

En el cementerio de la sacramental de San Isidro del Campo, después de un oficio de difuntos, digna y verdadera ofrenda á la memoria del caro amigo, al abrirse, para rezar sobre su cuerpo, la caja que le encerraba, nuestras lágrimas y sollozos saludaron por la última vez aquella faz querida que no volveríamos á ver más, y nuestros corazones se levantaron á Dios para pedirle el sosiego eterno en la otra vida del que ya en ésta no necesitaba más que de sufragios y oraciones. Así lo entendisteis vosotros, ilustres académicos y piadosos varones, cuando al venir á daros cuenta de esa triste ceremonia á que asistimos cuatro en representación vuestra, acordasteis que se dijeran cien misas por el alma de nuestro inolvidable compañero, y me encargasteis del fúnebre recuerdo que en este día, lleno de dolor y de desconfianza, someto á vuestro juicio.